

SOLO ESTIRA TU MANO Hechos 3:1-8

Este es un hermoso testimonio del Apóstol Pedro acerca de lo que el Señor Jesucristo puede hacer cuando actuamos con fe. Pedro había aprendido muy bien la lección después de haber negado a su Maestro. Aquel hombre que se había comportado de una forma cobarde, ahora había sido restaurado por el mismo Señor a quien había negado. Desde ese momento Pedro no volvería a ser el mismo; viviría *por* su Señor y *para* su Señor. No fue un hombre perfecto, ninguno lo somos. Pablo le tuvo que llamar la atención por su comportamiento todavía legalista (*Gál. 2:11*). Pero su firmeza se mantuvo, su personalidad estaba siendo transformada y su fe en el Señor se estaba fortaleciendo cada día más.

El regaño de Pablo parece que surtió efecto en Pedro porque tiempo después Pedro alaba a Pablo por su sabiduría (*2P. 3:15-16*). Esto nos muestra el corazón de un hombre que sabe reconocer sus errores; un hombre que se convertiría en el pilar de la expansión de fe cristiana.

Vemos a un Pedro muy diferente en el Libro de los Hechos; un Pedro mejorado, un Pedro valiente dispuesto a dar la vida por su Señor, es decir, dispuesto a dar la vida por su fe en el Señor, dispuesto a dar la vida por la defensa y expansión del Evangelio de la Salvación en Cristo. De hecho, murió como mártir, crucificado de cabeza pues no se sentía digno de morir como su Señor.

Aquel Pedro que antes negó a su Señor, ahora lo defiende valientemente, con entrega, determinación y sin miedo a las consecuencias. Pedro ha cambiado. En estos primeros tres capítulos del Libro de los Hechos lo vemos tomando la iniciativa de escoger al sucesor de Judas el traidor y determinando los requisitos que se deben cumplir para la elección (*Hch. 1:12-26*). Después lo vemos en el día de Pentecostés defendiendo a sus hermanos que estaban siendo acusados de ser unos borrachos cuando el Espíritu Santo les había dado la habilidad de hablar en otras lenguas (*Hch. 2:14-42*). Los judíos que no entendían otros idiomas pensaban que los discípulos del Señor estaban borrachos cuando los escucharon hablando lenguas extrañas, pero las personas que venían de otros países para adorar a Dios entendieron cada uno su propia lengua y dieron testimonio de ello (*Hch. 2:1-13*). Pero Pedro no solamente

defendió a sus hermanos discípulos, sino que aprovechó para predicar el Evangelio de la Salvación en Cristo. De aquí sale ese hermoso versículo que dice: *“Y todo aquel que invocare el Nombre del Señor, será salvo”* (Hch. 2:21). Ese día se convirtieron alrededor de 3,000 personas y fueron bautizadas (Hch. 2:41). Y ahora lo vemos en nuestro relato de hoy sanando a un hombre cojo de nacimiento.

“Pedro y Juan subían juntos al Templo a la hora novena, la de la oración” (v.1).

Aquí vemos a los dos Apóstoles llegando al Templo para orar. Estaban establecidos tres horarios para el servicio de oración según la costumbre judía: la hora tercia (9 am), la hora sexta (12 del mediodía), y la hora novena (3 pm). A esta hora fue que llegaron Pedro y Juan al Templo para orar. El verbo *subían* gramaticalmente está en tiempo imperfecto, lo cual significa algo que se hace como proceso o la repetición habitual de una acción. Esto quiere decir que ellos tenían la buena costumbre de ir a orar, lo cual se había convertido en un hábito para ellos. Esto, a pesar del peligro que todavía corrían por lo que acababan de experimentar con su Maestro. Ellos no ponían excusas para no asistir porque además tenían tres oportunidades al día para hacerlo. Ellos ahora tenían claro que la oración era parte muy importante en el desarrollo de la vida y, por supuesto, en el desarrollo de la fe. Lo habían aprendido de su Maestro y por eso estaban allí listos para orar y adorar.

“Y era traído un hombre cojo de nacimiento, a quien ponían cada día a la puerta del Templo que se llama la Hermosa, para que pidiese limosna de los que entraban en el Templo” (v.2).

Lucas, quien es el que escribe el Libro de los Hechos y que es médico de profesión, quiere enfatizar el hecho de que este cojo que estaba en la puerta del Templo, era un cojo de nacimiento, es decir, no por accidente, que son situaciones muy diferentes. Un buen médico podría tal vez sanar a un cojo por accidente, pero a uno de nacimiento, y en aquellos tiempos, sería imposible. Este hombre se veía forzado a pedir limosna cada día para sobrevivir ya que por su condición tan limitada, no podía trabajar. Gracias a Dios, en países de primer mundo como los EUA, estar en esta condición no es un impedimento para salir adelante, pero en los países pobres todavía lo es. Aquí estamos hablando de un país pobre y de un hecho ocurrido hace más de dos mil años; las condiciones son muy diferentes a las actuales; además ya tenía más de 40 años de edad (Hch. 4:22), lo cual podría hacer todavía más difícil, si no es que imposible, que alguien le pudiera ofrecer un trabajo (en muchos países la edad es un

requisito para encontrar un buen trabajo). Este cojo ya se había resignado a que tenía que vivir de la caridad de la gente.

“Este, cuando vio a Pedro y a Juan que iban a entrar en el Templo, les rogaba que le diesen limosna. Pedro, con Juan, fijando en él los ojos, le dijo: Míranos.

Entonces él les estuvo atento, esperando recibir de ellos algo” (vv.3-4).

Este hombre no sabe lo que le espera; él pidió limosna a los dos Apóstoles como lo haría con cualquier otra persona. Muy probablemente este cojo ya no tenía esperanza de nada, sino solo de sobrevivir y de seguro tampoco sabía, ni le interesaba saber, quiénes eran estos dos que estaban frente a él. Sin embargo, Pedro había aprendido de su Señor que cualquier circunstancia de la vida era buena para enseñar algo que trajera esperanza, paz y gozo a las personas en necesidad. Pedro vio al Señor Jesús muchas veces haciéndolo y ahora va a poner en práctica lo aprendido.

Lo primero que hizo Pedro fue llamar la atención del hombre aquel. Le dijo *“míranos”*, es decir, *“pon en nosotros tu atención”*, porque seguramente ni siquiera alzaba la vista para pedir limosna. Se entiende, debe ser muy difícil estar todo el día al nivel del suelo volteando hacia arriba para pedir ayuda. Pero si alguien le pide que levante su mirada es porque seguramente algo muy bueno tiene para dar. Le aseguro que el cojo aquel no pensó en recibir ningún milagro; probablemente lo más que podía aspirar como *milagro* es que alguien le diera lo suficiente como para comer bien hoy y tal vez mañana.

Muchas personas solamente se fijan en sus necesidades temporales y económicas. Quieren recibir sanidad, pero no les interesa recibir al Sanador; quieren salir de sus apuros económicos, pero no les interesa conocer al Restaurador; no quieren ir a parar en el infierno, pero no les interesa conocer al Único que los puede librar del infierno. Ya he enseñado muchas veces que conocer significa mucho más que saber; conocer significa tener una relación profunda.

El cojo aquel no quería sanidad porque no tenía ninguna esperanza de sanidad, no quería ser transformado o liberado porque tampoco tenía esperanza y no tenía esperanza porque no conocía la fuente de toda esperanza: Jesucristo, el Señor. Por eso, el cojo solo podía pensar en el dinero que le permitiera comer aunque sea una vez hoy. Muchos, al igual que el hombre cojo, solo enfocan en sus necesidades de dinero, quieren

un cambio económico, no un cambio de corazón porque o no les interesa o piensan que no tienen esperanza. Ese día parecía un día más para el mendigo aquel, pero no era así. Este hombre esperaba tal vez recibir un poco más de lo que recibía cada día, pero lo que estaba a punto de recibir cambiaría su vida para siempre. Sí era un día muy especial, aunque no como él lo esperaba.

“Mas Pedro dijo: No tengo plata ni oro, pero lo que tengo te doy; en el nombre de Jesucristo de Nazaret, levántate y anda. Y tomándole por la mano derecha le levantó; y al momento se le afirmaron los pies y tobillos;” (vv.5-7).

Debió haber sido impresionante aquella escena. Pedro quería que el mendigo aquel viera que ellos también eran pobres y que en la forma en que esperaba ser ayudado, ellos no podían hacerlo. Pero ellos sí tenían algo más grande que todo el oro y la plata del mundo; ellos tenían al Señor Jesús y su poder obrando en ellos. Con esto aprendemos que cuando solamente tenemos al Señor Jesús, el Señor Jesús es todo lo que se necesita. ¡Qué hermosa decisión de Pedro! Pedro podría haber pasado de largo ya que no podía ayudarlo con dinero; podría haberle dicho *“Dios te bendiga”,* o *“voy a orar por ti”*. Pero Pedro hizo mucho más que eso, es más, hizo mucho más que solo darle sanidad; Pedro le dio a Cristo.

No es el dinero el que resuelve las vidas de las personas; es Cristo. Nuestro enfoque no debe estar tanto en lo material sino en lo espiritual. Lo material es temporal, pero lo espiritual es eterno. No estoy diciendo que debemos ignorar o no considerar importante lo material y temporal, estoy diciendo que no debe ser nuestro enfoque de vida. Nuestro enfoque de vida debe estar en Cristo como nos enseña la Palabra: *“Puestos los ojos en Jesús, el autor y consumidor de la fe... (Heb. 12:2).* El Señor Jesús dijo: *“No os hagáis tesoros en la tierra, donde la polilla y el orín corrompen, y donde ladrones minan y hurtan; sino haceos tesoros en el cielo, donde ni la polilla ni el orín corrompen, y donde ladrones no minan ni hurtan. Porque donde esté vuestro tesoro, allí estará también vuestro corazón” (Mt. 6:19-21).* Después de hablar el Señor con la mujer samaritana, vinieron a Él sus discípulos para darle de comer: *“Él les dijo: Yo tengo una comida que comer, que vosotros no sabéis. Entonces los discípulos decían unos a otros: ¿Le habrá traído alguien de comer? Jesús les dijo: Mi comida es que haga la voluntad del que me envió, y que acabe su obra” (Jn. 4:32-34).* El enfoque del Señor estaba en su Padre. El enfoque de Pablo estaba en Cristo: *“Con Cristo estoy juntamente crucificado, y ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí; y lo que ahora vivo en la carne, lo vivo en la fe del Hijo de Dios, el cual me amó y se entregó a sí mismo por mí” (Gál 2:20).*

Pablo vivía *por* y *para* Cristo. Pablo tenía lo que era verdaderamente importante en su vida: Cristo Jesús, y eso único que tenía Pablo lo compartió hasta el último día de su vida. Eso único que tenían Pablo, Pedro, Juan, los demás Apóstoles y que compartieron fue lo que verdaderamente cambió las vidas de millones de personas en el mundo y todavía siguen cambiando. Fue lo que cambió su vida y la mía. Ahora nos toca a nosotros hacer lo mismo.

Pero algo bien importante, Pedro no habló en su nombre ni presumió de tener poder; Pedro deja bastante bien claro que lo que hizo lo hizo en el Nombre del Señor Jesús y por el poder del Señor que obró en él. Pedro no quiere que la atención se centre ni sobre él ni sobre Juan; Pedro quiere apuntar hacia Cristo. Ojalá que muchos que se llaman a sí mismos “ministros del Evangelio” tomaran conciencia de esto y no actuaran con la arrogancia con la que lo hacen.

“y saltando, se puso en pie y anduvo; y entró con ellos en el Templo, andando, y saltando, y alabando a Dios” (v.8).

Algo interesante que aprendemos es lo siguiente: No fue la fe del cojo la que hizo el milagro; fue la de Pedro. Hoy en día muchos charlatanes que abusan de la necesidad de la gente diciendo que tienen el poder para sanar, cuando la gente no sana los culpan a ellos por su falta de fe. Era el poder del Señor actuando en Pedro, no el poder de Pedro.

Pedro no tenía nada que darle, sólo tenía a Jesús; y el mendigo aquel lo único que tenía que hacer era estirar su brazo. Pedro entonces lo tenía todo y el mendigo aquel recibió lo que nunca jamás ni siquiera se hubiera imaginado que sucedería. Recibió la sanidad en el Nombre del Señor Jesucristo, pero mucho más que eso, recibió a Cristo. El mendigo aquel inmediatamente dio testimonio de su sanidad y fue a alabar a Dios en agradecimiento.

Conclusión.

Varias cosas aprendemos de este corto relato Bíblico, las cuales me gustaría enumerar.

1. El Señor Jesús les había prometido que recibirían poder del Espíritu Santo cuando Él se fuera (*Hch. 1:8*). Antes ya les había dicho que cosas aún más grandes que las que Él hizo, ellos podrían hacer si podían creer (*Jn. 14:12*). Los discípulos creyeron y están mostrando cuán ciertas son las promesas del Señor. ¿Usted cree las promesas del Señor? ¿Está

usando el poder de Dios que está en usted? Pablo dice que el poder de Dios actúa en nosotros (Ef. 3:20), pongámoslo entonces a actuar.

2. Cuando solamente tenemos a Jesús, es mucho más que suficiente para cambiar por completo y para siempre una vida. Cuando solamente tenemos a Jesús, entonces lo tenemos todo. Es decir, Pedro y Juan no le dijeron al mendigo aquel *“vamos a organizar una colecta para ti”*, o *“espérate a que tenga algo de dinero y te ayudo”*. De verdad que Pedro y Juan no tenían nada material para ayudar a aquel hombre, pero tenían algo mucho más valioso: tenían a Jesús. Dale a Jesús a aquella persona que todavía no le conoce.

Pero, para hacerlo, es necesario alimentarnos cada día del Señor. Pedro y los demás discípulos buscaban al Señor en oración cada día y por eso podían recibir dirección de Él y por eso estaban atentos a cualquier circunstancia que vieran como una buena oportunidad para Evangelizar y mostrar el amor de Cristo en acción.

3. Muchas veces la gente enfoca solo en su necesidad material y económica cuando lo que de verdad necesitan es al Señor Jesús. El Señor puede perdonar pecados y dar vida eterna que es lo que de verdad necesita el mundo. Pero claro que también puede restaurar vidas, familias y finanzas, y puede traer sanidad física y espiritual. Cuando parece que ya no hay esperanza, Cristo es la respuesta; Cristo es esperanza de vida. Apuntemos siempre hacia Cristo y recibamos de Él consuelo, paz, gozo y fortaleza para seguir adelante. Esto es lo mismo para alguien que no conoce a Cristo como para alguien que lo conoce pero está en un estancamiento espiritual en su vida.

4. En cuanto a nosotros, tal vez hay algo que te impide caminar con el Señor, o tal vez hay algo que te impide ser libre de alguna atadura. Hoy el Señor te dice que sólo estires tu mano y serás libre. Levántate en el Nombre del Señor Jesús y camina libre y sin ataduras. Levántate en el Nombre del Señor Jesús y comparte lo que Él ha hecho por ti, no te quedes callad@. Levántate en el Nombre del Señor Jesús y sírvele con gozo. Levántate en el Nombre del Señor Jesús y dale gloria, honra y honor. Sólo estira tu mano y déjate llevar por Él. Amén... Vamos a orar...